Reflexiones sobre la crueldad

*Silvia Radosh Corkidi**

Resumen

La situación social imperante nos interpela a intentar reflexionar, una vez más, sobre cuáles son las características que poseemos los sujetos para colaborar en los hechos destructivos que alcanzan niveles altos de violencia y sufrimiento. Pensamos que es necesario volver la mirada hacia nuestro interior, no sólo mirar lo externo, en otras palabras, intentar hacer consciente, como propias, nuestras pulsiones tanáticas y amorosas, y hasta dónde las leyes, las prohibiciones internas y externas más que ordenarnos nos impulsan a su transgresión. ¿Hay otras salidas, otros caminos con los que podamos construir más que destruir? Ésa es parte de la búsqueda.

Palabras clave: pulsión de vida y de muerte, crueldad, destructividad, poder, soberanía, tortura, guerra, prohibición, ley, transgresión, violencia, culpa, deseo, placer, goce, el otro, los otros, lo propio, lo externo, indiferencia, creación, fantasía, literatura, arte, poesía, humor, risa, amor.

Abstract

The prevailing social context compels us once again to attempt to reflect on those characteristics we possess as individuals that lead us to participate in acts that reach high levels of violence and suffering. We believe that it is necessary to look inside ourselves, not just outward, in other words, to attempt to

* Profesora-investigadora de tiempo completo en la UAM-Xochimilco; <sradosh@gmail.com>.

develop an awareness of our own thanatotic and amorous drives and of to what extent laws and internal and external prohibitions, rather than maintaining the order, drive us to transgress it. Are there other outlets, other paths that we could take to construct rather than to destroy? That is part of the search.

Keywords: life and death drives, cruelty, destructiveness, power, sovereignty, torture, war, prohibition, law, transgression, violence, guilt, desire, pleasure, enjoyment, the other, others, oneself, the external, indifference, creation, fantasy, literature, art, poetry, humor, laughter, love.

Introducción

La palabra crueldad habla de una potencia de sufrimiento infinito, implica hacer sufrir al otro, a los otros, a sí mismo, crueldad física, crueldad de sangre, o crueldad psíquica, que nos dirige a pensar, por ejemplo, en el sadismo, pero también en el masoquismo; el psicoanálisis se ocupa de la crueldad psíquica, que es capaz de enloquecer a alguien y que ha sido utilizada en la tortura (familiar o política), aun cuando no corra sangre, ni escuchemos al poeta:

En pocas líneas dejaré establecido que Maldoror fue bueno durante los primeros años de su vida en los que conoció la felicidad; ya está dicho. Luego descubrió que había nacido malo: ¡fatalidad extraordinaria! Ocultó su carácter lo mejor que pudo durante muchos años; pero finalmente, a causa de esta contención opuesta a su naturaleza, todos los días le subía la sangre a la cabeza, hasta que no pudiendo soportar más ese género de vida, se lanzó resueltamente por el camino del mal... ¡atmósfera grata! ¡Quién lo hubiera dicho!, cuando besaba a un pequeñuelo de cara rosada, sentía deseos de rebanarle las mejillas con una navaja, y muy a menudo lo hubiera hecho, si la Justicia, con su largo séquito de castigos, no lo hubiera impedido en cada ocasión. No era mentiroso, confesaba la verdad y declaraba ser cruel (Lautréamont, 1986:72).

Es un particular ejemplo de algo que en general no haríamos: un bebé, de cara rosada, se diría que produce ternura, deseo de acariciar-

lo, besarlo; por lo menos, tocarlo suavemente, ¿no es verdad?, pero si se nos viniera un pensamiento como el de Lautréamont de tal crueldad, ¿qué diríamos de nosotros mismos? ¿Rebanarle las mejillas con una navaja? ¡Ay! Duele tan sólo el pensarlo; y sin embargo, los poetas se animan a asociar más libremente y permiten que hable nuestro yo inconsciente; claro, en este caso, es una fantasía que no llega al acto; o mejor dicho, Lautréamont utiliza un lenguaje que nos deja pasmados y admirados, por su poesía, por el uso constante de metáforas, donde él mira, no parece “no sentir”, al contrario, y acciones inauditas son expresadas con la máxima belleza y horror, veamos sólo otro ejemplo:

y me atreví a escudriñar, yo, tan joven, los misterios del cielo. No habiendo encontrado lo que buscaba, levanté mis párpados azorados más arriba, aún más arriba, hasta que percibí un trono formado de excrementos humanos y de oro, desde el cual ejercía el poder con orgullo idiota, el cuerpo envuelto en un sudario hecho con sábanas sin lavar de hospital, aquel que se denomina a sí mismo el Creador. Tenía en la mano el tronco podrido de un hombre muerto, y lo llevaba alternativamente de los ojos a la nariz y de la nariz a la boca; una vez en la boca puede adivinarse lo que hacía. Sumergía sus pies en una vasta charca de sangre en ebullición, en cuya superficie aparecían bruscamente, como tenías a través del contenido de un orinal, dos o tres cabezas medrosas que se volvían a hundir con la velocidad de una flecha: un puntapié bien aplicado sobre el hueso de la nariz era la consabida recompensa por la infracción del reglamento, provocada por la necesidad de respirar otro ambiente, ya que, después de todo, esos hombres no eran peces. ¡Todo lo más, anfibios que nadaban entre dos aguas en ese líquido inmundito! Hasta que, no teniendo ya nada en la mano, el creador, con las dos primeras garras del pie tomó a otro de los zambullidos por el cuello como con unas tenazas y lo levantó en el aire, sacándolo del fango rojizo, ¡salsa exquisita! Con éste hizo lo mismo que con el otro. Le devoró primero la cabeza, las piernas y los brazos, y, en último término, el tronco, hasta que, al no quedar nada, roía los huesos [...] A veces exclamaba: “Os he creado, por lo tanto tengo derecho de hacer con vosotros lo que quiera. No me habéis hecho nada, no digo lo contrario. Os hago sufrir para mi propio placer” (Lautréamont, 1986:117).

No sigo un poco más, pues ya la cita es bastante larga, pero son inauditas sus descripciones después de las cuales él sufre enormemente.

En cambio cuando leemos a Sade nos horrorizamos aún más o de otro modo, en tanto que sus personajes también realizan acciones mutilantes, tajantes, asesinas, pero con total frialdad, donde el otro pareciera realmente no existir, no importar. Estos excesos se han interpretado como provenientes, al parecer, de la soledad absoluta:

Sade lo dijo y repitió de todas las maneras: la naturaleza nos hizo nacer solos, no hay ningún tipo de relación entre un hombre y otro. Así pues la única regla de conducta es que yo prefiera cuanto me afecta felizmente y que no me importe nada cuanto de mi preferencia pueda resultar perjudicial para el otro. El mayor dolor de los demás siempre cuenta menos que mi placer. No importa que tenga que comprar el más insignificante goce con un inaudito conjunto de fechorías, ya que el goce me halaga, está en mí, mientras el efecto del crimen no me afecta, está fuera de mí (Bataille, 1997:174).

Bataille aclara que no hay vida humana sin interdependencia, pero esto surge en Sade a partir de su encarcelamiento, su sufrimiento y soledad; no fue así en su vida, pero en su obra se muestra cómo el exceso queda fuera de la razón: negar la solidaridad es lo que permite el crimen, que mientras más insostenible sea, mayor será la voluptuosidad y el disfrute que proporciona. Esto nos lleva a pensar: ¿cuáles de estas características se encontrarán en los sujetos criminales de nuestros días? Y no me refiero sólo a los que forman parte de la llamada “delincuencia organizada” sino también y de importante manera a los que la promueven desde sus lugares de poder, dominio y soberanía.

Acerca de la crueldad, el deseo, la transgresión y búsqueda de algunos caminos sublimatorios

El tema de la violencia propia, de nuestra destructividad, a partir de las propuestas de Freud sobre la pulsión de vida y pulsión de muerte es y ha sido un objeto ya casi recurrente para mí; el hecho de real-

mente darse cuenta de que en verdad contamos con esas pulsiones, que somos o seríamos capaces de destruir lo máspreciado de nuestras vidas y que eso puede alguna vez –horrorizándonos– llegar a la conciencia por algún sueño pesadillesco, alguna fantasía, algún terrible lapsus, es difícil, muy difícil de aceptar como potencia propia y ése es un problema de la humanidad. Deseamos pensar que no somos nosotros sino los otros los que son crueles, destructivos, violentos; que no podríamos lastimar así a los otros, negamos con toda nuestra fuerza esa potencia. Una vez más me siento convocada a exponerlo, no sólo por la terrible situación social de violencia por la que estamos pasando en nuestro país (y no sólo en el nuestro), también es tema frecuente de investigación de los alumnos que asesoro, de los libros que leo y uno de ellos convoca a los analistas preguntándonos qué pensamos de la pena de muerte y de la crueldad (Derrida, 2005). Está de más decir que la pena de muerte es un verdadero abuso y que estamos, estoy, en absoluto desacuerdo en pretender castigar con los mismos sistemas con que se delinque; no tiene eso, ningún sentido, es sólo y ni más ni menos que un gran abuso de poder; es más, forma parte de lo que prácticamente no se puede poner en palabras, es difícil metaforizarlo. ¿Será como lo que plantea Marina Lieberman acerca “de lo que no se puede escribir, pero no cesa de no escribirse?” (Lieberman, 2011:128).

En cambio de la crueldad habría mucho que decir, en tanto pienso que es una potencialidad propia, que posiblemente no ejercemos, digamos, los llamados “civilizados”, nunca, o casi nunca; y sin embargo, está ahí, tal vez lista para brincar y caer sobre alguien o algunos. Se observa casi como “natural” en los niños pequeños, en sus juegos solitarios es muy frecuente verlos golpear a pedradas sus muñecos o dar de palos a un árbol o pisar pequeños bichos con todo ánimo. Esto lo vemos en niños que son en general educados amorosamente, no se diga con niños golpeados por los padres. Ya Freud hablaba de lo dulce que resultaba la venganza, y ponía como ejemplo la identificación de los niños con aquellos médicos que los hacían sufrir, como un dentista, por ejemplo, jugando a ser el dentista con el hermanito o amigos; incluso pone el famoso ejemplo del poeta Heine quien decía que deseaba pasar su vejez en una linda y tranquila casa de campo viendo

el césped y los árboles pero eso sí colgado de cada árbol ¡a cada uno de sus enemigos! Tenemos también el ejemplo que cita Lacan de la pequeña niña que cargaba una gran piedra y le preguntan adónde la lleva, a lo que responde: “Yo romper cabeza a Francisco” (Lacan, 2010:255). Aclara Lacan que esa niña no padecía locura alguna, sino más bien era como cualquier otro niño, apuntando a la agresividad como parte de nuestra propia estructura.

¿Qué hacer con la crueldad? ¿Qué hacer con las guerras? ¿Qué hacer con la tortura? ¿Qué hacer con nuestra potencialidad destructiva?

¿Cómo enfrenta esto en el psicoanálisis?

¿Qué decía Freud en “Por qué la guerra” (1979c), entre otros de sus escritos sobre estos temas, y en su diálogo con Einstein? La carta de Einstein es bastante lúcida al hablar del “afán de poderío de la clase gobernante” (1979c:184), de “hambre de poder político de la clase dominante” e incluso dice: “el hombre tiene dentro de sí un apetito de odio y destrucción” (1979c:185) pensando en si estas características pueden ser en parte provocadoras de las guerras, y muestra una ilusión: “estoy seguro de que usted podrá sugerir métodos educativos, más o menos ajenos a la política, para eliminar esos obstáculos” (1979c:184). La respuesta de Freud se apoya en algunos de los temas que Einstein marca, le plantea que concuerda con él, pero le propone cambiar la palabra poder, en derecho y que usa Einstein, por violencia, y así dice: “Derecho y violencia son hoy opuestos por nosotros, aunque uno se desarrolló desde la otra” —dice Freud— “*L’union fait la force*” (La unión hace la fuerza); el derecho es el poder de una comunidad decía, pero pensamos que más bien sí, eso debería ser, mas no lo es tal, en tanto “hay elementos de poder desigual, varones y mujeres, padres e hijos, y pronto, a consecuencia de la guerra, vencedores y vencidos, que se transforman en amos y esclavos”. Este es un pensamiento de enorme profundidad y aún vigente; ése es uno de los impulsores de la guerra, habida cuenta de los intereses económicos que imperan en esas luchas. Freud le recuerda a Einstein el desarrollo que había trabajado sobre el intrincamiento de

las pulsiones de vida y pulsiones de muerte. Siendo ambas necesarias para la vida, las dos se movilizan en los hombres que son llamados para la guerra; motivos nobles y vulgares, dice, pero sin poder desnudarlos todos, “*uno es el placer de agredir y destruir; innumerables crueldades de la historia y de la vida cotidiana confirman su existencia y su intensidad. El entrelazamiento de esas aspiraciones destructivas, con otras, eróticas e ideales, facilita desde luego su satisfacción*” (Freud, 1979c:194) (cur-sivas mías).

De aquí Freud indica que no es posible desarraigar de los hombres las pulsiones destructivas; los caminos que piensa pueden derivarlas, desviarlas, son el amor y las identificaciones que son base del “edificio de la sociedad humana”. Por otra parte, identificaciones que son base del “edificio de la sociedad humana”. Por otra parte piensa plantea que no todas las guerras son condenables por igual: “mientras existan reinos y naciones dispuestos a la aniquilación despiadada de otros, éstos tienen que estar armados para la guerra” (Freud, 1979c:197). Dice también que el abuso de poder y la prohibición de pensar (del Estado y de la Iglesia) no favorecen un pensamiento autónomo. Por su parte, al trabajar este mismo tema, Derrida añade: “Haría falta, pues, educar el estrato superior de hombres con mentes independientes, capaces de resistir a la intimidación y deseosos de verdad para que dirijan a las masas dependientes [...] el ideal sería [dice Derrida de Freud] una comunidad cuya libertad consistiera en someter la vida pulsional a una ‘dictadura de la razón’”. Se pregunta Derrida (2005) si “no hay ninguna relación entre psicoanálisis y ética, derecho o política” y piensa que sí la hay:

debe haber una consecuencia *indirecta y discontinua*: sin duda, el psicoanálisis en tanto tal no produce o no procura ninguna ética, ningún derecho, ninguna política, pero retorna a la responsabilidad, en sus tres dominios, de tomar en cuenta el saber psicoanalítico. La tarea es inmensa y está todo por hacer, tanto para los psicoanalistas como para cualquiera, ciudadano, ciudadano del mundo o metaciudadano, y deseoso de responsabilidad (ética, jurídica, política) (2005:72).

Así que la propuesta de Derrida es:

la transformación futura de la ética, del derecho y de la política debería *tomar en cuenta* el saber psicoanalítico (*lo que no quiere decir buscar un programa*) y, recíprocamente, la comunidad analítica debería tomar en cuenta la historia, particularmente la historia de un derecho, cuyas mutaciones preformativas recientes o en curso, salvo excepción, ni le han interesado ni han sido tenidos en cuenta por ella. Queda aquí, me parece, todo por hacer, de ambos lados (Derrida, 2005:72-73).

Algunos psicoanalistas sí que estamos preocupados y ocupados en estos temas, tal vez Derrida tenga razón cuando dice “salvo excepción”, pero sin lugar a dudas Freud era uno de ellos y este trabajo que expongo es sólo una muestra, así también Freud se pregunta: ¿por qué hay algunos que nos sublevamos contra la guerra? No es que poseamos una superioridad sobre otros, sino porque

todo hombre tiene derecho a su propia vida, porque la guerra aniquila promisorias vidas humanas, pone al individuo en situaciones indignas, lo compele a matar a otros, cosa que él no quiere [al menos conscientemente, digo yo], destruye preciosos valores materiales, productos del trabajo humano, y tantas cosas más (Freud, 1979c:196).

Piensa también Freud (y en otros tantos artículos lo desarrolla) que “todo lo que promueva el desarrollo de la cultura trabaja también contra la guerra” (Freud, 1979c:198). (Este sería uno de los caminos posibles de derivación de la pulsión destructiva.)

Tenemos varios ejemplos de psicoanalistas ocupados en estos temas, no es mi pretensión por ahora citarlos, pero podemos pensar en Marie Langer, Gilou Royer de García Reinoso, Diego García Reinoso, Eduardo Pavlovsky, y muchos de los que rodeaban a Marie Langer, que dieron lugar al grupo “Cuestionamos” que rompió con la asociación psicoanalítica argentina, la que entonces representaba el pensamiento hegemónico del psicoanálisis en ese país. En general, en Latinoamérica, los estallidos sociales, las dictaduras, la extrema diferencia entre muy ricos (los menos) y muy pobres (los más), en una palabra, el neoliberalismo y la globalización fueron exacerbando la conflictiva social en una dimensión insospechada (como ahora mis-

mo lo estamos viendo en nuestro país); por esto, difícilmente pueden obviarse los temas candentes que nos proponía pensar antes Freud, y ahora Derrida, y otros. Sabemos claramente que el sujeto es un ser bio-psico-social, tríada que es indisoluble, y al escucharlo por ejemplo en situación psicoanalítica, nos enfrentamos a ese ser invadido e incluso conformado por la problemática social; de ahí que no estoy tan segura de la frase de Derrida que todos estos psicoanalistas que incluyen esta problemática “sean excepciones”. En contraste con los psicoanalistas latinoamericanos mencionados anteriormente nos encontramos también, por ejemplo, el trabajo de Piera Aulagnier: “¿Qué analista osaría pretender que un análisis que concluyera permitiendo al sujeto atribuirse sin conflicto ni culpa el derecho de sentir placer tornándose verdugo en nombre de tal o cual ideología, es un análisis que habría respetado su proyecto?” (1980:152). Problema serio por enfrentar...

Por un lado hablábamos de nuestra agresividad como estructural (Freud, Lacan, Melanie Klein) por el otro, ¿ya en la práctica cual es su ética? No podemos hablar de “los psicoanalistas” en general y en abstracto. Por mi parte siempre he dicho que no podría trabajar con un torturador, pero ésta es mi posición personal. Incluso cuando lo enuncio algunos me cuestionan: pero ¡cómo!, ¡también son sujetos! ¡Tienes que poder ayudar a cualquiera! ¡Hay que ser neutrales!

Primero, sabemos ya hace rato que la neutralidad como tal no existe; segundo, que no somos omnipotentes y por tanto no podemos trabajar con toda clase de sujetos, y tercero, todos tenemos una ideología consciente, pero también inconsciente y no estamos de acuerdo en trabajar al servicio de cualquier ideología (recordemos lo que se preguntaba Gramsci al servicio de quien trabajamos los intelectuales). Por un tiempo vivimos en un país del cono sur que había sufrido los horrores de un gobierno dictatorial y ya bajo una gubernatura “democrática” se realizó un coloquio nombrado “Consecuencias de la dictadura en el Cono Sur”, yo, gracias a mi trabajo clínico, poseía mucho material para ser analizado y trabajado, compartido con otros, pero al enterarme quiénes financiaban el proyecto (Coca Cola, Ford, etcétera) decidí no participar, en tanto sabía que algunos psicólogos –si es que así merecían ser nombrados– habían participado colaborando con los

métodos de la tortura para distinguir cuáles eran los puntos más débiles de los sujetos presos y lograr hacerlos confesar, lo que es absolutamente inadmisibile; esos llamados psicólogos debieran ser también juzgados.

Por otro lado, conviene anotar que el psicoanálisis si bien no está (o no debe estar) en una posición de juicio, no debe juzgar al otro, no se tiene una posición común frente al bien y el mal; hay cosas y situaciones que nos rebasan y entonces ahí no podemos trabajar. No obstante, el psicoanálisis tiene su propia ética que en mayor medida consiste en no poner en juego el propio deseo; es decir, el deseo del psicoanalista, debe quedar claro para él, para desde luego dejar que el analizante logre ir descubriendo sus propios deseos. Cuando Lacan habla de “jugar al muerto” no quiere decir que no sienta o que no desee, el quid de la cuestión es no permitir que interfiera con los deseos del sujeto analizando. En un trabajo anterior, desarrollo lo siguiente: “Es sin duda en la *relación con el ser* donde el analista debe tomar su nivel operatorio. Está por formularse una ética que integre las conquistas freudianas sobre el deseo: para poner en su cúspide la cuestión del deseo del analista” (Lacan, 1971b:246).

Lacan utiliza una metáfora fuerte, en la que los sentimientos del analista, si juegan, tendrían que jugar “el juego del muerto”, como anotaba anteriormente, lo que implicaría no ponerlos en juego para lograr la escucha respetuosa del paciente, si no que ya no se sabría a qué conduciría el análisis: “[...] por eso el analista es menos libre en su estrategia que en su táctica... haría mejor en ubicarse por su falta en ser que por ser” (1971b:221), o bien, [...] la transferencia tiene siempre el mismo sentido de indicar los momentos de errancia y también de orientación del análisis, el mismo valor para volvernos a llamar al orden de nuestro papel: un no actuar positivo con vistas a la ortodramatización de la subjetividad del paciente (Lacan, 1971b:48).

Se entiende el énfasis de Lacan en la necesidad de la no actuación del deseo del analista; años más tarde, en el *Seminario núm. 8 sobre La Transferencia*, centra su atención en la dimensión ética y marca la transferencia como lo más opaco de nuestra experiencia: “Uno debe preguntarse por qué medios operar honestamente con los deseos... y preservar al acto, del deseo” (1960:61).

Marina Lieberman nos dice a propósito:

El ejercicio del psicoanálisis no es solamente una práctica consecuente con una teoría, sino que ambas están dirigidas por una ética; y ésta es diferente a las éticas del bien, de la razón, de la salud, del deber. Es una ética que propone que la vida no se construya alrededor de un hoyo que hay que tapar, sino a partir del cual hay que crear (1996:167).

Ésta es una frase importante que más adelante retomaré, en relación con el trabajo como un importante camino en la búsqueda de derivar las pulsiones destructivas e incluso escapar de las psicosis, dice la autora en un artículo posterior, que también trabajaré.

¿A partir de qué podemos ahondar la reflexión sobre estos intrincados temas?

Un camino por elegir que nos atañe de lleno es el del deseo y sus prohibiciones, es decir, la ley y la violación; dice Bataille: “El deseo es el sentido profundo de la prohibición” (1997:39). Tenemos la creencia generalizada de que la prohibición nos es impuesta desde el afuera, incluso en la formación del superyó, Freud nos la plantea como las voces del superyó de nuestros padres, abuelos, incluso generaciones anteriores e ideales sociales, sin que esto sea discutible (ya anotaba que Freud planteaba al Estado y la Iglesia como prohibidores del pensamiento y acordaba que lo son), pero hay un plus que da Bataille, quien nos enfrenta a pensar que en la angustia se levanta la prohibición *desde dentro*. Nos ha intrigado en este mundo actual donde los actos violentos aparecen absolutamente extremos (asesinatos múltiples, descabezamientos, exhibición con lujo de detalles de actos crueles, etcétera) si contamos todavía con una instancia psíquica tal como aquella que describía Freud, mencionada más arriba que ocasionaba sentimientos de culpa ante tales actos, lo que podía permitir cierto control; quizás a esto nos daría cierta respuesta la “disociación o escisión del yo” (véase Freud, 1979d) donde el mismo sujeto que asesina y despedaza a unos, después puede ir con su mujer, sus hijos o incluso su perro y ¡llenarlos de caricias! Esto claro que tiene que ver con todo el tema de “yo es otro”, lo que ya lo observábamos en los militares nazis, quienes después

de ejecutar a millones de judíos en las cámaras de gas llegaban amorosos con sus gentes cercanas y sus perros (algo difícil de erradicar de la memoria), aunque no sabría decir si sentían ¿culpa? Freud pensaba que sí, pero culpa inconsciente (no de los nazis, fenómeno posterior a él, sino hablando de los delincuentes). Reflexionaba que era tan severa la culpa (más severa que la culpa consciente), que generalmente los llevaba a buscar, al final de cuentas (también de forma inconsciente), castigos extremos; tema que queda para seguir siendo investigado (véase Freud, 1979b). Sin embargo, al pensar la reflexión de Marina Lieberman acerca del superyó, me parece que entendemos algo más:

Ahora bien, siguiendo a Freud, y de acuerdo con él, lo que hace posible la civilización, con todos sus malestares, es desgraciadamente (porque no tiene ninguna gracia) la culpa. Lo que impide que nos comamos, en todos los sentidos, los unos a los otros, es la instancia psíquica llamada superyó. El superyó funciona por medio de la culpa, la culpa es su alimento; lo paradójico es que siendo el guardián de la civilización es, al mismo tiempo, generadora del odio y la crueldad, es decir, lo que amenaza con destruirla. Entonces lo que nos da soporte es insostenible por sí mismo. Como sujetos, cada uno tiene que arreglárselas para construir los soportes que detengan eso que los va a soportar. Es algo imposible o *casi* imposible, es el sujeto sosteniendo eso que lo sostiene. Y eso sólo puede suceder en el campo de lo simbólico. No en el real ni en el imaginario. Más claramente sólo es posible si se encuentran bien amarrados estos tres registros. Y lo que hace que funcionen los amarres es la metáfora (2011:132-133).

Añadimos algo más: “La culpa es fundamento de la civilización, pero es también alimento del goce (goce-sufrimiento). Por la vía de la culpa no hay salida de ningún infierno, al contrario, es la puerta de entrada. La puerta de salida es por la angustia” (Lieberman, 2011:138).¹ Justamente, parte de lo que Raymundo Mier (2010) puntúa es que se ha logrado en las masas, frente a los horrores y

¹ Es evidente que al citar trozos de este texto, puede no quedar del todo claro ya que anteriormente venía la autora hablando del “goce” de Lacan que no es el placer, y remite al masoquismo. Pueden acudir a su escrito citado en la bibliografía.

crueledades que desfilan ante nuestros ojos, se ha logrado, reitero, una mirada *indiferente*, tal vez resulta paralelo a la posición que se dice de Sade de total frialdad para lograr la máxima crueldad y voluptuosidad; ¿será entonces que los crímenes actuales (o los crímenes, sin “actuales”) se realizan “sin angustia”? ¿Como mandato de la crueldad del superyó? ¿Como un acto de goce? Por ahora no tenemos respuesta, recordando al doctor Carlos Pla² dan ganas de decir: “A saber...” Claro, es para seguirlo pensando.

Tal vez Bataille marca algo que nos apoya, aunque sobrecoge: “Una vez derribado el obstáculo la prohibición escarnecida sobrevive a la transgresión. El más sangriento de los homicidas no puede ignorar la maldición que recae sobre él. Pues esa maldición es la condición de su gloria” (1997:52). ¿Quiere decir que queda “glorificado” como maldito por haber transgredido esa prohibición? ¿Queda orgulloso! Y continúa el autor:

Derribar una barrera es en sí mismo algo atractivo, la acción prohibida toma un sentido que no tenía antes de que un terror, que nos aleja de ella, la envolviese en una aureola de gloria [...] Nada contiene al libertinaje [escribe Sade, cita Bataille] y *la manera verdadera de extender y de multiplicar los deseos propios es querer imponerles limitaciones* [...] Nada contiene al libertinaje... o, mejor, en general no hay nada que reduzca la violencia (Bataille, 1977:52).

Al mismo tiempo Bataille plantea que el objeto principal de las prohibiciones es la violencia (1977:45), ¿cómo escapar de esta encrucijada?

Este resulta un pensamiento digno para detenernos y reflexionar, al menos a mí me parece que podríamos desde aquí, cuestionar las muy diversas leyes que se han impuesto contra el uso de narcóticos, tabaco, alcohol, o ni se diga la guerra que armó el anterior gobierno de Calderón contra el narcotráfico que enalteció y glorificó justo las matanzas y abusos de los narcos, enfrentamiento que fue progresi-

² Psicoanalista uruguayo-mexicano de profundas reflexiones, ya lamentablemente fallecido pero presente en nuestras cabezas.

vamente en aumento en la medida en que más se les atacó y en que pasó a ser ya no una delincuencia común sino una guerra prácticamente de Estado; Sí, probablemente ellos se sientan “glorificados”, y efectivamente esto tiene que ver –en alguna medida– con la profunda complicidad que existe entre la ley y su violación.

Pero experimentamos, en el momento de la transgresión, la angustia sin la cual no existiría lo prohibido: es la experiencia del pecado. La experiencia conduce a la transgresión acabada, a la transgresión lograda, que manteniendo lo prohibido como tal, lo mantiene para gozar de él. La experiencia interior del erotismo requiere de quien la realiza una sensibilidad no menor a la angustia que funda lo prohibido, que al deseo que lleva a infringir la prohibición. Esta es la sensibilidad religiosa, que vincula siempre estrechamente el deseo con el pavor, el placer intenso con la angustia (Bataille, 1997:43).

Lo anterior alude a un texto de Marina Lieberman que hemos trabajado antes:

La vida es un intento desesperado por alejarse de la muerte. Pero la muerte está ahí. Y atrae. Pero atrae. Hay algo en el sujeto que no tiene que ver con la voluntad y sin embargo, lo mueve. Es un movimiento que no va en el mismo sentido del querer, generalmente va en sentido contrario. Algo lo lleva a donde no quiere ir, a donde la lógica diría: “es exactamente el lugar que es preciso evitar a toda costa”. Y es precisamente ese lugar en donde a veces uno se encuentra sumergido y no sabe cómo llegó ahí, ni cómo salir, o peor, puede ser que sepa cuál es la salida y aun así, se queda ahí sin quererlo (1996:168).

Y eso que aquí estamos hablando de cualquiera de nosotros que nos suponemos, a lo más, “neuróticos”; qué decir de los psicóticos, claro hay mucho para decir, pero aquí sólo mencionaré algo del pensamiento de Piera Aulagnier (1980) que nos llamó la atención en este tema del “placer”. Ella habla de que existe un placer mínimo, placer necesario como condición de vida para soportar los momentos de sufrimiento que siempre implica el hecho de vivir.

Este placer forma parte de las necesidades del yo que deben ser satisfechas; a este placer mínimo debe seguir un “placer suficiente” y para éste:

hace falta que el Yo esté convencido de que no se lo ama o que él no ama por obligación o por necesidad; debe estar convencido de que ha sido elegido y que él ha elegido [aunque él sepa de la limitación de la libertad de su elección]. Eso es igualmente cierto tanto para el placer resultante de los pensamientos –o sea para las catectizaciones narcisistas– como para el placer propio del amor sexual (156). [...] el psicótico sufre porque para vivir se ve obligado a catectizar pensamientos que siente como pensamientos impuestos, a catectizar una actividad de pensar, cuando esta actividad se muestra desposeída de todo poder de elección en cuanto a los pensamientos que querría pensar y los que querría evitar. Ocurre lo mismo en el registro del amor entre él y el Yo materno: no es la catectización recíproca la que falta en la psicosis, ocurre incluso que más bien peca por exceso; lo que caracteriza a la psicosis es la sensación de que para ambos se trata de una obligación, una necesidad, una nó-elección (Aulagnier, 1980:156).

El psicótico siente esta ligazón, porque la considera necesaria para la sobrevivencia del yo materno y, habiendo pocas salidas –una es el delirio–, el psicótico no siente derecho de buscar otros objetos, le queda el derecho de proclamar que no ha elegido esa relación y “el derecho de sublevarse contra lo que continuará soportando de todas maneras” (Aulagnier, 1980:159). Esta última frase (resaltada por mí), lamentablemente, expresa algo más cotidiano de lo que se piensa, que encontramos con frecuencia en la clínica –aun cuando no se trate de niveles psicóticos– y muy comúnmente en las relaciones de personas jóvenes con sus padres (uno, la otra o ambos), donde piensan que sí se están oponiendo a situaciones que no toleran más, pero que siguen *soportando*, generalmente el mayor texto-pretexto es el económico (digo texto porque en buena medida es del orden de lo real), sin embargo hay algo, oscuro, que mantiene esos lazos; muy probablemente se deba a lo que plantea Aulagnier.

Es así de complejo el tema del deseo, del goce, del placer, del amor, del erotismo, la violencia, la crueldad y la alienación; es decir, las pulsiones, sus vicisitudes y sus destinos, lo que me parece hay que darlo a conocer para que los sujetos deseen seguir volteando la mirada a sí mismos y busquemos otros caminos para salir de las relaciones entrampadas, alienadas, psicotizantes, destructivas. Había expresado la idea, freudiana en principio, de que uno de los caminos para luchar en contra de nuestras pulsiones destructivas era el amor, la razón por encima de la pulsión, el avance en la cultura. Vamos a explorar algo de lo que pertenece a la cultura, que es el trabajo, la creación, la capacidad de fantasear e inventar...

Cierta *escapatoria* del desenfreno

El *hacer*, llevar a la acción productiva, creativa, el *trabajo* en sus múltiples posibilidades, parece ser el principal camino para escapar del desenfreno, de la destructividad, de la locura; podríamos nombrarlo, como Freud enunció, la capacidad de *sublimar* hacia otras vías las pulsiones tanto amorosas como destructivas; sólo fantasea el *insatisfecho*. En busca de colmar los deseos, las fantasías y el juego resultan camino regio, sobre todo si éstas se llevan a cabo; es decir, si jugamos, poniendo en palabras y acción nuestras fantasías, así como si escribimos; claro, la creación literaria cumple ampliamente esas expectativas: “Y donde el humano suele enmudecer en su tormento, un dios me concedió el don de decir cuánto sufro” (Goethe, en Torcuato Tasso, citado por Freud, 1979a:128). Continúa Freud:

Ahora bien de la irrealidad del mundo poético derivan muy importantes consecuencias para la técnica artística, pues muchas cosas que de ser reales no depararían goce, pueden, empero, depararlo en el juego de la fantasía; y muchas excitaciones que en sí mismas son en verdad penosas pueden convertirse en fuente de placer para el auditorio y los espectadores del poeta (Freud, 1979a:128).

Esto tiene que ver con que el otro, los otros, se atreven a enunciar lo que el yo propio tiene oculto e imposibilitado de nombrar; esto se ve apoyado por la sublimación y la identificación.³

La insatisfacción mencionada tiene que ver con el tema de la falta, los agujeros incolmables que nos enloquecen e intentamos infructuosamente “llenarlos” a costa de lo que sea, “Deseos insatisfechos son las fuerzas pulsionales de las fantasías, y cada fantasía singular es un cumplimiento de deseo, una rectificación de la insatisfactoria realidad” (Freud, 1979a:130). Otro modo de expresarlo, de forma contundente:

la causa del deseo, de la vida y de la creación es la imposibilidad de tenerlo todo [...] El síntoma por ejemplo, es una forma de tapar el hoyo, pero a la vez lo muestra. Es decir, en el síntoma se habla, con otro lenguaje, de eso que es imposible decir. El síntoma es síntoma si al sujeto le provoca algo, sufrimiento, extrañeza, enigma. Sin embargo, no quiere desprenderse de él porque debajo de éste está un agujero, una nada, y para algunos puede ser más “soportable” el sufrimiento del síntoma que la certeza del imposible (Lieberman, 1996:170-171).

Ya en otros artículos hemos expuesto –en la tensa relación de lo psíquico con lo social– que la ideología actual, el neoliberalismo y la globalización, justo uno de sus intentos, es tapar las carencias a través del engaño mercantil de que sí se pueden tapar los hoyos, nuestros agujeros, y tener todo; ese todo puede ser a través de la mejor casa, el mejor auto, el perfume más caro, los altos puestos empresariales o políticos, etcétera. La guerra en parte es provocada por estos afanes de poder absoluto y el engaño a los jóvenes –sin trabajo, sin escuela, con hambre– llenos de agujeros reales que podrían colmarse con otra política social, pero que más bien eso se impide y se hace creer que lograrán tener *todo*, cuando por lo que deberíamos luchar (algunos lo hacemos) es por encontrar caminos del “hacer” que logren aceptar nuestra incompletud, pero a su vez satisfagan estas pulsiones ya no

³ Al respecto hay un excelente análisis de cómo también sucede esto en el teatro, sus actores y espectadores, en el texto *Ser otros. El actor y sus personajes* de Lieberman *et al.* (1989).

en su cruda expresión, sino a través del trabajo, la música, el arte en general, el deporte (despojándolo de su ropaje ficticio), el estudio, la escritura. Freud pensaba como caminos imponderables para lograr la sublimación, el arte y la actividad intelectual. De acuerdo, pero también todas las otras actividades que puedan satisfacer, sin tanta penuria y sufrimiento, no sólo las necesidades reales, sino aquellas de nuestra vida anímica. Volviendo con Marina Lieberman nos dice:

¿Qué hacer entonces con ese algo oscuro y enigmático? Precisamente hacer algo. De esta manera, alguien se aleja de la ventana y escribe un cuento de humor negro, o inventa un chiste sobre suicidas, o hace una canción, o pinta *El Grito*, o construye una teoría sobre la probabilidad de ruptura de los barandales en febrero (Liebermann, 1996:172).

Cuando entra el humor, cuando podemos reírnos, algo suave y feliz entra en nuestra alma...

En este mismo tema, las líneas que marca Bataille, como caminos quizá de derivación de nuestras pulsiones, por un lado afirman: “Hay en la naturaleza y subsiste en el hombre un impulso que siempre excede los límites y que sólo en parte puede ser reducido [...] nuestra obediencia no es jamás ilimitada” (1997:44). Por otro lado subraya que al entrar en el imperio de la razón, en:

el trabajo introdujo una escapatoria gracias a la cual el hombre dejaba de responder al impulso inmediato, regido por la violencia del deseo [...] Lo que el mundo del trabajo excluye por medio de las prohibiciones es la violencia; y ésta, en mi campo de investigación, es a la vez la violencia de la reproducción sexual y la de la muerte [...] el impulso del amor llevado hasta el extremo, es un impulso de muerte (Bataille, 1997:45-46).

Esto nos confirma de forma contundente la inextricable unión (palabras de Freud) de la pulsión de vida y la pulsión de muerte. Bataille desarrolla ampliamente el tema de la muerte, lo que la caracteriza antes que nada, en el hombre, al tener conciencia de ella: “Percibimos el paso que hay de estar vivos a ser un cadáver; es decir, ser ese objeto angustiante que para el hombre es el cadáver de otro hombre. Para

cada uno de ellos a quien fascina, el cadáver es la imagen de su destino” (Bataille, 1997:48). Esto diría Bataille, haría al hombre primitivo rechazar y separarse de la violencia, en tanto fueron encontrando el mundo del trabajo ligado a la razón, opuesto a la violencia: “Ciertamente la muerte difiere, igual que un desorden, del ordenamiento del trabajo; el primitivo podía sentir que el ordenamiento del trabajo le pertenecía, mientras que el desorden de la muerte lo superaba, hacía de sus esfuerzos un sinsentido” así se fue separando de la violencia (1997:48-49). De aquí que la prohibición de dar la muerte, tiene que ver con la prohibición global de la violencia, sin embargo, vuelve a aparecer el tema de las transgresiones que aparecen siempre ante la prohibición, que se dirige a expulsar la violencia. “[...] el hombre se define por una conducta sexual sometida a reglas, a restricciones definidas.⁴ Así, el hombre es un animal que ante la muerte y ante la unión sexual, se queda desconcertado, sobrecogido” (1997:54). La sexualidad posee violencia (es algo que ya Freud había trabajado) y contundentemente dice Bataille:

La prohibición que en nosotros se opone a la libertad sexual es general, universal: las prohibiciones particulares son sus aspectos variables [por ejemplo, el incesto] [y piensa que] esta prohibición “informe y universal” es siempre la misma. Tal como cambia su forma, su objeto cambia; tanto si lo que está en cuestión es la sexualidad como si lo es la muerte, siempre está en el punto de mira la violencia; la violencia que da pavor pero que fascina (1997:55).

Así como Bataille muestra que las reglas y la organización de la sexualidad también atañen a la violencia, apunta al “carácter ilógico de la prohibición”:

⁴ Atractivas y paradójicas resultan para seguir reflexionando las estrictas reglas que Sade impone en sus perversos, sangrientos y sádicos juegos, por ejemplo en *Las ciento veinte jornadas de Sodoma* y en *La filosofía del tocador*, donde todos los más horribles actos, tenían un orden y horario estricto preestablecido, con fuertes sanciones ante el riesgo de no ser cumplidos, como un querer meter la razón en la sinrazón, tal vez como hacer de ello una suerte de “trabajo” que es ordenado y opuesto al desenfreno, dentro del desenfreno mismo.

No existe prohibición que no pueda ser transgredida y a menudo la transgresión es algo admitido, o incluso algo prescrito [...] La prohibición de matar no se opuso en ninguna parte a la guerra, es más sin esa prohibición la guerra es imposible... la prohibición está ahí para ser violada [...] la guerra en cierto sentido se reduce a la organización colectiva de impulsos agresivos [...] la guerra es una violencia organizada [...] La transgresión organizada forma con lo prohibido un conjunto que define la vida social (1997:67-69).

(Podríamos decir que en nuestro país, esto se va cumpliendo al pie de la letra). Y así entonces la guerra, por sí misma destructiva, quiere aparecer como un “trabajo” donde –como decía Freud– se tiene el permiso de matar; deja de ser “prohibido” y los sujetos pueden darse el lujo de dar rienda suelta a su destructividad justificadamente...

También me parece de importancia la reflexión de Bataille sobre aquellos personajes de la historia que a pesar de exceder todo límite y que escapan al dominio de la razón, no “gastan” sus energías en “el trabajo”; habla del hampa y de los reyes, de estos últimos: “el soberano recibía el privilegio de la riqueza y la ociosidad y las muchachas más jóvenes y hermosas” además de que las guerras otorgaban a los vencedores posibilidades más amplias que el trabajo (1997:171). En el caso del hampa: “de forma bastante masiva, por el hecho de que su violencia taimada escapa a cualquier control, mantiene la excepción de energías no absorbidas por el trabajo” (1997:170). Sin embargo, en este caso, hay que volver a pensar ¿cuál es el trabajo del hampa? ¿Si se dedican al robo, al asalto, al engaño, al crimen, a que la vida esté exenta de límites, podría esto robarles sus energías? No, sobre todo si de sexualidad se trata, donde también cometen máximos excesos y crueldades.

Así pues, podríamos pensar que el exceso de criminalidad, la absoluta ruptura de límites (que estamos presenciando en nuestro país, por ejemplo) produce (como lo decía en un principio) en quienes la están ejerciendo un alto grado de voluptuosidad y excitación, que sólo puede darse frente a la absoluta negación del otro y estando fuera del imperio de la razón. Asimismo, nos preguntamos acerca de la actuación de la policía, del ejército que al parecer se han confundido con la delincuencia organizada y los narcotraficantes, todos “organi-

zados”, y ¿cuál es su trabajo? ¿Trabajan? Un trabajo improductivo en el que la vida y la muerte juegan una actividad principal. ¿Trabajan para matar, o al menos para golpear, torturar, encarcelar? Sí, se “organizan”. Su nombre lo dice: “delincuencia organizada”. Pero también la policía y el ejército, como también en la orgía, se organizan para producir excesos y “surge el deseo de una existencia exenta de límites” (Bataille, 1997:172). Ya habíamos comentado que el exceso por definición queda fuera de la razón; podríamos pensar que cuando se desata una matanza, que al menos oficialmente no estaba “comandada” (Acteal, por poner sólo un ejemplo) “se pierde la razón”, se entra en la voluptuosidad, en la excitación desenfrenada, en la vivencia de omnipotencia y ya nada los puede detener; así, Bataille plantea que Sade tuvo la certeza de haber llegado a un descubrimiento decisivo:

Al ser el crimen lo que permite al hombre acceder a la mayor satisfacción voluptuosa, a la consumación del deseo más fuerte, ¿habría algo más importante que negar la solidaridad, que es lo que se opone al crimen e impide gozar de él? Imagino que esa verdad violenta se le manifestó en la soledad de la prisión (1997:175).

Y esto me hace pensar en un escrito anterior donde abordé el complejo tema de “la policía”, donde reflexioné sobre la violencia de los que “ejercen la ley”, apoyándome, en parte, en los textos *Fuerza de Ley* de Derrida y *Para una crítica de la violencia* de Benjamin. Por ejemplo, comenta Derrida:

Antes de ser innoble en sus procedimientos, en la inquisición innumerable a la que se entrega sin respetar nada, la violencia de la policía, la policía moderna, es estructuralmente repugnante, inmundada por esencia dada su hipocresía constitutiva [...] Esa falta de límites le viene también por el hecho de que la policía es el Estado, el hecho de que es el espectro del Estado... es la fuerza de ley, tiene fuerza de ley (2002:106-107).

(Quiere decir que no sólo aplica la ley por la fuerza y así la conservar “sino que la inventa, publica ordenanzas”. Se arroga el derecho de inventar el “derecho” cuando es suficientemente indeterminado...).

Frente a este impresionante análisis me pregunto, ¿cómo esperar apoyo y protección de la policía si, en sí misma, es ignominiosa? Aunque de todas maneras públicamente hay una mentira social (o muchas mentiras que no van “acordes” con una idea de justicia, pero la mentira no es sancionada); siempre o casi siempre, nos asombra-mos cuando la policía toma la función injusta y destructiva (aunque actualmente con los acontecimientos sucedidos ya no nos asombra tanto, y eso puede ser más grave aún).⁵

Finalmente expone Bataille una suerte de definición, o mejor, una suerte de amplia descripción sobre la crueldad, que ha importado a nuestro trabajo desde el inicio:

Todos aquellos grandes libertinos, que no viven más que para el placer, sólo son grandes porque han aniquilado en sí toda capacidad de placer. Por eso se entregan a espantosas anomalías [...] se han hecho insensibles; pretenden gozar de su insensibilidad, de esa sensibilidad negada, anonadada, y se vuelven feroces. La crueldad no es más que la negación de uno mismo, llevada tan lejos que se transforma en explosión destructora; la insensibilidad, dice Sade, se vuelve estremecimiento de todo el ser (Bataille, 1997:176-179).

Termino reiterando la necesidad de trabajar estas ideas, trabajarlas psíquicamente; es decir, animarnos a vernos a nosotros mismos para lograr hacer consciencia de ello y poder luchar creando otros caminos. Es cierto que nos resistimos a ello, pero luchemos primero contra esa resistencia, aunque no queramos ver nuestros agujeros, pues el verlos nos va a permitir entrar en otros campos de creación, y nos dará menor malestar y sufrimiento, mayor autonomía, menor goce y mayor placer, pudiendo compartir con otros no sólo los malestares sino también el amor y los bienestares, ¡bien-estar!

Bataille también lo propone: “Nos veríamos en la necesidad de tener consciencia de sí mismos para tratar de limitar estos efectos catastróficos y oponernos a ellos” (1997:191).

⁵ Me refiero a “La justicia. ¿Un sueño?”, Radosh (2008).

Bibliografía

- Aulagnier, P. (1980), *Los destinos del placer. Alienación, amor, pasión*, Argot, España.
- Bataille, G. (1997), *El Erotismo*, Tusquets, México.
- Derrida, J. (2005), *Estados de ánimo del psicoanálisis. Lo imposible más allá de la soberana crueldad*, Paidós, Buenos Aires.
- ____ (2002), *Fuerza de ley. El fundamento místico de la autoridad*, Tecnos, Madrid.
- Freud, S. (1979a), “El creador literario y el fantaseo”, Amorrortu, Buenos Aires [1907-1908].
- ____ (1979b), “Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico: I Las excepciones, II Los que fracasan cuando triunfan, III Los que delinquen por conciencia de culpa”, Amorrortu, Buenos Aires [1916].
- ____ (1979c), “¿Por qué la guerra?”, Amorrortu, Buenos Aires [1932-1933].
- ____ (1979d) “La escisión del yo en el proceso defensivo”, Amorrortu, Buenos Aires [1938-1940].
- Lacan, J. (2010), *El seminario 1. Los escritos técnicos de Freud*, Paidós, Buenos Aires.
- ____ (1971a), “Intervención sobre la transferencia;”, *Escritos I*, Siglo XXI, Buenos Aires [1951].
- ____ (1971b), “La dirección de la cura y los principios de su poder”, en J. Lacan, *Escritos I*, Siglo XXI, Buenos Aires [1958].
- ____ (1960), *Seminario 8: La transferencia 1960*, disco compacto.
- Lautréamont, C. (Isidore Ducasse) (1986), *Los cantos de Maldoror*, Argonauta, Barcelona.
- Lieberman, M. (2011), “Lo que no se escribe”, *Tramas*, núm. 35, UAM-Xochimilco, México.
- ____ (1996), “Sobre el horror y el deseo”, *Tramas*, núm. 9, UAM-Xochimilco, México.
- ____ *et al.* (1989), *Ser otros. El actor y sus personajes*, UAM-Xochimilco, México.
- Mier, R. (2010), “Umbrales de masa y estrategias de gobernabilidad: vicisitudes del narcisismo como régimen de control”, en S. Radosh Corkidi y M. E. Ruiz Velasco (coords.), *Pensar el futuro de México. Problemas*

psicosociales de México; elementos para la reconstrucción de la esperanza en el siglo XXI, UAM-Xochimilco, México.

Radosh, S. (2008), "Tocar con otros... ¡Gran aventura!: intrigantes entrelazamientos musicales", *Tramas*, núm. 29, pp. 271-293.

Recibido el 29 de junio de 2013

Aprobado el 5 de octubre de 2013

documentos